



Contar, contar y contar

— CAMILO MARKS —

Hay dos maneras de leer a Isabel Allende. Si se posee ojo crítico, gusto y algo de discriminación, puede llegar a ser bastante tediosa. Lo que antes fue espontaneidad y frescura, ha terminado convertido en un estilo vagamente poético y semicolloquial, afectado, demasiado consciente de sí, a ratos francamente cansador. Esa vena, además, se agota luego y da paso a un vocabulario pobre, de un rango estético limitado. Y por si lo anterior fuera poco, las preocupaciones éticas y políticas de nuestra autora oscilan entre un progresismo políticamente correcto, edulcoradas dosis de feminismo y otros ismos ad hoc, revelando, en forma contradictoria, a una mente mucho más conservadora de lo que parece y a un espíritu no muy original, tanto en lo literario como en lo ideológico. Este rasgo se expresa en las generalidades, los lugares comunes, los clichés sentimentales empleados por Allende en casi todo lo escrito últimamente por ella. Siendo un caso tan particular en la literatura chilena, la novelista comparte con otros artistas nacionales una fascinación por la aristocracia castellano-

vasca, por las casonas de 30 patios interiores, por los palacios o latifundios, elementos indudablemente atractivos, con los cuales ha venido colmando sus relatos. Se puede continuar criticándola indefinidamente y un lector serio podrá, incluso, notar el cálculo y la frialdad con los que sus recientes textos están pensados, anticipando la traducción y el lanzamiento al mercado global.

Pero si uno olvida o pasa por alto el hecho de que está leyendo una obra tan prefabricada -como ocurre siempre con los bestsellers- y se deja llevar por el flujo narrativo, puede pasar buenos momentos y hasta entretenerse. El



método de Allende no puede ser más sencillo y eficaz: contar, contar y contar. Las historias se acumulan sin cesar y las páginas desbordan de anécdotas, aventuras, incidentes, peripecias. Y habría que ser muy mezuquino para no reconocer que a veces se trata de buenas historias y que la escritora sigue conservando la chispa y la gracia para narrarlas. Si no fuera así, no la leerían millones de personas en el mundo entero.

En *Retrato en sepia* encontramos a los mismos personajes de *Hija de la fortuna*, aunque el centro de la trama recae en la portentosa matriarca Paulina del Valle y su nieta Aurora. Pronto abandonamos el turbulento San Francisco de mediados del siglo XIX, pues las heroínas se instalan en Chile, en plena Guerra del Pacífico. A nadie le viene mal un poco de historia y Allende escribe sorprendentemente bien sobre la conflagración bélica, incluyendo el Combate Naval de Iquique, la batalla de La Concepción y el saqueo de Lima. Poco después, estallan la revolución y la guerra civil de 1891 y aun cuando se trate de una visión panorámica, nuestra prosista se luce con insólitas intuiciones históricas. Aurora aprende el oficio de la fotografía, contrae matrimonio con un hacendado del sur, desarrolla independencia de criterio y se anuncia el nacimiento de Clara, célebre protagonista de *La casa de los espíritus*. Es decir, tenemos cuerda para rato.

Quizá debamos agradecer que la acción de *Retrato en sepia* transcurra en Chile. Ninguna campaña turística logrará igualar el impacto que en los lectores de los cuatro puntos cardinales tendrán algunas imágenes de esta ficción.

Y si bien turismo y literatura no son equiparables, hay quienes visitan Londres para conocer el mundo de Dickens o París para evocar a Balzac. Guardando las distancias, no sería raro que en el futuro mucha gente viaje al país gracias a Isabel Allende. ☐

RETRATO EN SEPIA

Isabel Allende. Sudamericana, 344 páginas.

Novela ambientada en Chile a fines del siglo XIX, con la Guerra del Pacífico como escenario y personajes de "La casa de los espíritus" e "Hija de la fortuna".

Isabel Allende, nacida en 1942, es una de las escritoras latinoamericanas que más libros vende en la actualidad.